

santo, y aquello á que habemos de aspirar en él, sin reposar hasta que lo consigamos. Que cuanto á lo primero, de las enseñanzas y caminos de vida, habemos de tener por cosa certísima que la que no mirare á este fin de salud, la que no tratare de desarraigar del alma las pasiones malas que tiene, la que no procurare criar en el secreto della orden, templanza, justicia, por mas que de fuera parezca santa, no es santa, y por mas que se pregone de Cristo, no es de Cristo; porque el nombre de Cristo es *Jesus* y salud, y el oficio desta es sobresanar por defuera. La obra de Cristo propia es renovacion del alma y justicia secreta; la desta son apariencias de salud y justicia. La difinicion de Cristo es unguir, quiero decir, que Cristo es lo mismo que uncion, y de la uncion es unguir, y la uncion y el unguir es cosa que penetra á los huesos; y este otro negocio que digo es embarnizar, y no unguir. De solo Cristo es el deshacer las pasiones; esto no las deshace, antes las sobredora con colores y demostraciones de bien. ¿Qué digo no deshace? Antes vela con atencion sobre ellas, para en conociendo adó tiran, seguir las y cebarlas, y encaminarlas á su provecho. Así que, la doctrina ó enseñamiento que no hiciere cuanto en sí es esta salud en los hombres, si es cierto que Cristo se llama *Jesus*, porque la hace siempre, cierto será que no es enseñamiento de Cristo.»

Dijo Sabino aquí: «Tambien será cierto, Marcelo, que no hay en esta edad en la Iglesia enseñamientos de la cualidad que decis.» «Por cierto lo tengo, Sabino, respondió Marcelo; mas halos habido y puédelos haber cada dia, y por esta causa es el aviso conveniente.» «Sin duda conveniente, dijo Juliano, y necesario; porque si no lo fuera, no nos apercibiera Cristo en el Evangelio, como nos apercibe, acerca de los falsos profetas (a); porque falsos profetas son los maestros destes caminos, ó por decir lo que es, esos mismos enseñamientos vacíos de verdad son los profetas falsos, por defuera como ovejas en las apariencias buenas que tienen, y dentro robadores lobos por las pasiones fieras que dejan en el alma como en su cueva.» «Y ya que no haya agora, tornó Marcelo á decir, mal tan desvergonzado como ese, pero sin duda hay algunas cosas que tiran á él y le parecen. Porque, decidme, Sabino, ¿no habréis visto alguna vez, ó oído decir, que para inducir al pueblo á limosna, algunos les han ordenado que haga alarde y se vistan de fiesta, y con pífano y atambor, y disparando los arcabuces en competencia los unos de los otros, vayan á hacerla? Pues esto ¿qué es sino seguir el humor vicioso del hombre, y no desarraigarle la mala pasion de vanidad, sino aprovecharse della y dejársela mas asentada, dorándosela con el bien de la limosna de fuera? Qué es sino atender agudamente á que los hombres son vanos y amigos de presuncion, é inclinados á ser loados y aparecer mas que los otros, y por que son así, no irles á la mano en estos sus malos siniestros, ni procurar libertarlos dellos, ni apurarles las almas, reduciéndolas á la salud de *Jesus*, sino sacar provecho dellos para interés nuestro ó ajeno y dejarse los mas fijos y firmes? Que no porque mira á la limosna, que es buena, es justo y bueno poner en obra

(a) *Math.*, 7, v. 15.

y traer á ejecucion y arraigar mas con el hecho la pasion y vanidad de la estima misma que vivia en el hombre; ni es tanto el bien de la limosna que se hace, como es el daño que se recibe en la vanidad de nuestro pecho, y en el fruto que se pierde, y en la pasion que se pone por obra; y por el mismo caso se afirma mas, y queda, no solamente mas arraigada, sino, lo que es mucho peor, aprobada y como santificada con el nombre de piedad, y con la autoridad de los que inducen á ello, que á trueco de hacer por defuera limosneros los hombres, los hacen mas enfermos en el alma de dentro y mas ajenos de la verdadera salud de Cristo, que es contrario derechamente de lo que pretende *Jesus*, que es salud.

»Y aunque pudiéramos señalar otros ejemplos, bástenos por todos los semejantes el dicho, y vengamos á lo segundo que dije, que Cristo, llamándose *Jesus* y salud, nos demuestra á nosotros el único y verdadero blanco de nuestra vida y deseo, que es mas claramente decir que, pues el fin del cristiano es hacerse uno con Cristo, esto es, tener á Cristo en sí, transformándose en él; y pues Cristo es *Jesus*, que es salud, y pues la salud no es el estar vendado ó fomentado ó refrescado por defuera el enfermo, sino el estar reducidos á templada armonía los humores secretos, entienda el que camina á su bien que no ha de parar antes que alcance aquesta santa concordia del alma, porque hasta tenerla no conviene que él se tenga por sano, esto es, por *Jesus*; que no ha de parar aunque haya aprovechado en el ayuno; sepa bien guardar el silencio, y nunca falte á los cantos del coro; y aunque ciña el cilicio, y pise sobre el hielo desnudos los piés, y mendigue lo que come y lo que viste paupérrimo; si entre esto bullen las pasiones en él, si vive el viejo hombre y enciende sus fuegos, si se atufa en el alma la ira, si se hincha la vanagloria, si se ufana el propio contento de sí, si arde la mala codicia; finalmente, si hay respetos de odios, de envidias, de pundonores, de emulacion y ambicion. Que si esto hay en él, por mucho que le parezca que ha hecho y que ha aprovechado en los ejercicios que referí, téngase por dicho que aun no ha llegado á la salud, que es *Jesus*. Y sepa y entienda que ninguno mientras que no sanó desta salud entra en el cielo ni ve la clara vista de Dios. Como dice san Pablo (b):—Amad la paz y la santidad, sin la cual no puede ninguno ver á Dios.—Por tanto, despierte el que así es, y conciba ánimo fuerte, y puestos los ojos en este blanco que digo, y esperando en *Jesus*, alargue el paso á *Jesus*. Y pídale á la salud que le sea salud, y en cuanto no lo alcanzare, no cese ni pare, sino, como dice de sí san Pablo (c):—Olvidando lo pasado y extendiendo con el deseo las manos á lo porvenir, corra y vuele á la corona que le está puesta delante.—

»Pues qué, ¿es malo el ayuno, el cilicio, la mortificacion exterior? No es sino bueno; mas es bueno como medicinas que ayudan, pero no como la misma salud; bueno como emplastos, pero como emplastos que ellos mismos son testigos que estamos enfermos; bueno como medio y camino para alcanzar la justicia,

(b) *Hebr.*, 2. (c) *Philip.*, 3, v. 43.

pero no como la misma justicia; bueno unas veces como causas, y otras como señales de ánimo concertado ó que ama el concierto, pero no como la misma santidad y concierto del ánimo. Y como no es ella misma, acontece algunas veces que se halla sin ella, y es entonces hipocresia y embuste, á lo menos es inútil y sin fruto sin ella. Y como debemos condenar á los herejes que condenan contra toda razon aquesta muestra de santidad exterior, la cual ella en sí es hermosa y dispone el alma para su verdadera hermosura, y es agradable á Dios y merecedora del cielo cuando nace de la hermosura de dentro; así ni mas ni menos debemos avisar á los fieles que no está en ella el paradero de su camino, ni menos es su verdadero caudal ni su justicia ni su salud la que de veras sana y ajusta su alma, y la que es necesaria para la vida que siempre dura, y la que finalmente es propia obra de Cristo *Jesus*. Que sería negocio de lástima que caminando á Dios, por haber parado antes de tiempo ó por haber hecho hincapié en lo que solo era paso, se hallasen sin Dios á la postre; y proponiéndose llegar á *Jesus*, por no entender que es *Jesus*, se hallasen miserablemente abrazados con Solon ó con Pitágoras, ó cuando mas, con Moisen; porque *Jesus* es salud, y la salud es la justicia secreta y la compostura del alma, que luego que reina en ella, echa de sí rayos que resplandecen de fuera, y serenan y componen y hermosean todos los movimientos y ejercicios del cuerpo.

»Y como es mentira y error tener por malas ó por no dignas de premio aquestas observancias de fuera, así tambien es perjuicio y engaño pensar que son ellas mismas la pura salud de nuestra alma, y la justicia que formalmente nos hace amables en los ojos de Dios, que esa propiamente es *Jesus*; esto es, la salud que derechamente hace dentro de nosotros, y no sin nosotros, *Jesus*. Que es lo que habemos dicho, y por quien san Pablo, hablando de Cristo, dice (a) que fué determinado ser hijo de Dios en fortaleza, segun el espíritu de la santificacion en la resurreccion de los muertos de Jesucristo. Que es como si mas extendidamente dijera que el argumento cierto y la razon y señal propia por donde se conoce que *Jesus* es el verdadero Mesías, Hijo de Dios prometido en la ley, como se conoce por su propia definicion una cosa, es porque es *Jesus*; esto es, por la obra de *Jesus* que hizo, que era obra reservada por Dios y por su ley y profetas para solo el Mesías. Y esta ¿qué fué? Su poderío, dice, y fortaleza grande. Mas ¿en qué la ejercitó y declaró? En el espíritu, dice, de la santificacion; conviene á saber, en que santifica á los suyos, no en la sobrehab y corteza de fuera, sino con vida y espíritu; lo cual se celebra en la resurreccion de los muertos de Jesucristo, esto es, se celebra resucitando Cristo sus muertos; que es decir, los que murieron en él cuando él murió en la cruz, á los cuales él, despues resucitado, comunica su vida. Que como la muerte que en él padecemos es causa que muera nuestra culpa cuando segun Dios nacemos, así su resurreccion, que tambien fué nuestra, es causa que cuando muere en nosotros la culpa, nazca la vida de la justicia, como ayer mañana dijimos.

(a) *Rom.*, 1, v. 4.

»Así que, segun que decia, el condenar la ceremonia es error, y el poner en ella la proa y la popa de la justicia es engaño; el medio destes extremos es lo derecho, que la ceremonia es buena cuando sirve y ayuda la verdadera santificacion del alma, porque es provechosa, y cuando nace della es mejor, porque es merecedora del cielo; mas que no es la pura y la viva salud que Cristo en nosotros hace, y porque se llama *Jesus*. Digo mas. No se llama *Jesus* así porque solamente hace la salud que decimos, sino porque es él mismo esa salud; porque, aunque sea verdad, como de hecho lo es, que Cristo en los que santifica hace salud y justicia por medio de la gracia que en ellos pone asentada y como apogada en su alma, mas sin eso, como deciamos ayer, él mismo por medio de su espíritu se junta con ella, y juntándose, la sana y agracia; y esa misma gracia que digo que hace en el alma, no es otra cosa sino como un resplandor que resulta en ella de su amable presencia. Así que él mismo por sí, y no solamente por su obra y efecto, es la salud. Dice bien san Macario. Y dice desta manera:—Como Cristo ve que tú le buscas, y que tienes en él toda tu esperanza siempre puesta, acude luego él y te da caridad verdadera, esto es, dásete á sí; que puesto en tí se te hace todas las cosas paraíso, árbol de vida, preciosa perla, corona, edificador, agricultor, compasivo, libre de toda pasion, hombre, Dios, vino, agua vital, oveja, esposo, guerrero y armas de guerra, y finalmente Cristo, que es todas las cosas en todos.—Así que, el mismo Cristo abraza con nuestro espíritu el suyo, y abrazándose, le viste de sí, segun san Pablo dice (b):—Vestiste de nuestro Señor Jesucristo.—Y vistiéndole, le reduce y sujeta á sí mismo, y se cala por él totalmente. Porque se debe advertir que, así como toda la masa es desalada y desazonada de suyo, por donde se ordenó la levadura que le diese sabor, á la cual con verdad podrémos llamar, no solo la sazonzadora, sino la misma sazón de la masa, por razon de que la sazóna no apartada della, sino junta con ella, adonde ella por sí cunde por la masa y la transforma y sazóna; así, porque la masa de los hombres estaba toda dañada y enferma, hizo Dios un *Jesus*, digo una humana salud, que no solamente estando apartada, sino juntándose, fuese salud de todo aquello con quien se junta, se y mezclase, y así él se compara á levadura á sí mismo (c). De arte que, como el hierro que se enciende del fuego, aunque en el ser es hierro y no es fuego, en el parecer es fuego y no hierro; así Cristo, ayuntado conmigo y hecho totalmente señor de mí, me apura de tal manera de mis daños y males, y me incorpora de tal manera en sus saludes y bienes, que yo ya no parezco yo el enfermo que era, ni de hecho soy ya el enfermo, sino tan sano, que parezco la misma salud, que es *Jesus*.

»Oh bienaventurada salud! Oh *Jesus* dulce, dignísimo de todo deseo, si ya me vieses yo, Señor, vencido enteramente de tí! Si ya cundieses, oh salud, por mi alma y mi cuerpo! Si me apurases ya de mi escoria, de toda aquesta vejez! Si no viviese ni pareciese ni luciese en mí sino tú, ó si ya no fuese quien soy! Que, Señor, no veo cosa en mí que no sea digna de aborrecimiento y desprecio. Casi todo cuanto nace de mí son

(b) *Rom.*, 13, v. 14. (c) *Math.*, 13, v. 33.

increíbles miserias, casi todo es dolor, imperfección, malicia y poca salud. Y como en el libro de Job se escribe (a):—Cada día siento en mí nuevas lástimas, y esperando ver el fin dellas, he contado muchos meses vacíos, y muchas noches dolorosas han pasado por mí. Cuando viene el sueño me digo: ¿Si amanecerá mi mañana? Y cuando me levanto, y veo que no me amanece, alargo á la tarde el deseo. Y vienen las tinieblas, y vienen también mis ayes y mis flaquezas, y mis dolores mas acrecentados con ellas. Vestida está y cubierta mi carne de mi corrupción miserable, y de las torpezas del polvo que me compone, están ya secos y arrugados mis cueros. Veo, Señor, que se pasan mis días, y que me han volado muy mas que vuela la lanzadera en la tela; acabados casi los veo, y aun no veo, Señor, mi salud. Y si se acaban, acábase mi esperanza con ellos. Miébrate, Señor, que es ligero viento mi vida, y que si paso sin alcanzar este bien, no volverán jamás mis ojos á verle. Si muero sin tí, no me verán para siempre en descanso los buenos. Y tus mismos ojos, si los enderezares á mí, no verán cosa que merezca ser vista. Yo, Señor, me desecho, me despojo de mí, me luyo y desamo, para que no habiendo en mí cosa mía, seas tú solo en mí todas las cosas. Mi ser, mi vivir, mi salud, mi *Jesus*.» Y dicho esto, calló Marcelo, todo encendido en el rostro, y suspirando muy sentidamente, tornó luego á decir:

«No es posible que hable el enfermo de la salud, y que no haga significación de lo mucho que le duele el verse sin ella. Así que, me perdonaréis, Juliano y Sabino, si el dolor, que vive de continuo en mí, de conocer mi miseria, me salió á la boca agora y se derramó por la lengua.» Y tornó á callar, y dijo luego: «Cristo pues se llama *Jesus* porque él mismo es salud; y no por esto solamente, sino también porque toda la salud es solo él. Porque siempre que el nombre que parece comun se da á uno por su nombre propio y natural, se ha de entender que aquel á quien se da tiene en sí toda la fuerza del nombre, como si llamásemos á uno por su nombre virtud, no queremos decir que tiene virtud como quiera, sino que se resume en él la virtud. Y por la misma manera ser salud el propio nombre de Cristo, es decir que es por excelencia salud, ó que todo lo que es salud y vale para salud está en él. Y como haya en la salud, según los sugetos, diferentes saludes, que una es la salud del ánima y otra es la del cuerpo, y en el cuerpo tiene por sí salud la cabeza y el estómago y el corazón y las demás partes del hombre; ser Cristo por excelencia salud y nuestra salud, es decir que es toda la salud, y que él todo es salud, y salud para todas enfermedades y tiempos. Es toda la salud, porque como la razón de la salud, según dicen los médicos, tiene dos partes; una que la conserva y otra que la restituye; una que provee lo que la puede tener en pié, otra que recepta lo que la levanta si cae; y como así la una como la otra tienen dos intenciones solas, á que enderezan como á blanco sus leyes, aplicar lo bueno y apartar lo dañoso, y como en las cosas que se comen para salud, unas son para que crien substancia en el cuerpo, y otras para que le purguen de sus malos humores;

(a) Job, 7, v. 3.

unas que son mantenimiento, otras que son medicina; así esta salud que llamamos *Jesus*, porque es cabal y perfecta salud, puso en sí aquestas dos partes juntas: lo que conserva la salud, y lo que la restituye cuando se pierde; lo que la tiene en pié, y lo que la levanta caída; lo que cria buena substancia, y lo que purga nuestra ponzoña.

»Y como es pan de vida, como él mismo se llama, se quiso amasar con todo lo que conviene para estos dos fines: con lo santo, que hace vida, y con lo trabajado y amargo, que purga lo vicioso. Y templóse y mezclóse, como si dijésemos, por una parte de la pobreza, de la humildad, del trabajarse, del ser trabajado, de las afrentas, de los azotes, de las espinas, de la cruz, de la muerte; que cada cosa para el suyo, y todas son tóxico para todos los vicios; y por otra parte de la gracia de Dios, y de la sabiduría del cielo, y de la justicia santa, y de la rectitud, y de todos los demás dones del Espíritu Santo, y de su unción abundante sobre toda manera, para que amasado y mezclado así, y compuesto de todos aquestos simples, resultase de todos un *Jesus* de veras, y una salud perfectísima que allegase lo bueno y apartase lo malo, que alimentase y purgase. Un pan verdaderamente de vida, que comido por nosotros con obediencia y con viva fe, y pasado á las venas, con lo amargo desarraigase los vicios y con lo santo arraigase la vida. De arte que comidas en él sus espinas, purgasen nuestra altivez; y sus azotes, tragados en él por nosotros, nos limpiasen de lo que es muelle y regalo; y su cruz, en él comida de mí, me apurase del amor de mí mismo; y su muerte por la misma manera diese fin á mis vicios. Y al revés, comiendo en él su justicia, se criase justicia en mi alma, y trasapando á mi estómago su santidad y gracia, se hiciese en mí gracia y santidad verdadera, y naciese en mí substancia del cielo, que me hiciese hijo de Dios; comiendo en él á Dios hecho hombre, que estando en nosotros, nos hiciese á la manera que es él, muertos al pecado y vivos á la justicia, y nos fuese verdadero *Jesus*.

»Así que, es *Jesus* porque es toda la salud, es también *Jesus* porque es salud todo él. Son salud sus palabras; digo, son *Jesus* sus palabras, son *Jesus* sus obras, su vida es *Jesus* y su muerte es *Jesus*. Lo que hizo, lo que pensó, lo que padeció, lo que anduvo, vivo, muerto, resucitado, subido y asentado en el cielo, siempre y en todo es *Jesus*. Que con la vida nos sana y con la muerte nos da salud, con sus dolores quita los nuestros, y como Isaías dice (b):—Somos hechos sanos con sus cardenales.—Sus llagas son medicina del alma, con su sangre vertida se repara la flaqueza de nuestra virtud. Y no solo es *Jesus* y salud con su doctrina, enseñándonos el camino sano y declarándonos el malo y peligroso, sino también con el ejemplo de su vida y de sus obras hace lo mismo, y no solo con el ejemplo dellas nos mueve al bien y nos incita y nos guía, sino con la virtud saludable que sale dellas, que la comunica á nosotros, nos aviva y nos despierta, y nos purga y nos sana. Llámese pues con justicia *Jesus* quien todo él, por donde quiera que se mire, es *Jesus*. Que como del árbol de quien san Juan en el *Apocalipsi* escribe (c), se dice

(b) Isai., 53, v. 5. (c) Apoc. últim., v. 2.

que estaba plantado por ambas partes de la ribera del río de agua viva, que salía de la silla de Dios y de su cordero, y que sus hojas eran para salud de las gentes; así esta santa humanidad, arraigada á la corriente del río de las aguas vivas, que son toda la gracia del Espíritu Santo, y regada y cultivada con ellas, y que rodea sus riberas por ambas partes, porque las abraza y contiene en sí todas, no tiene hoja que no sea *Jesus*, que no sea vida, que no sea remedio de males, que no sea medicina y salud.

»Y llevaba también este árbol, como san Juan allí dice, doce frutas, en cada mes del año la suya, porque, como decíamos, es *Jesus* y salud, no para una enfermedad sola, ó para una parte de nosotros enferma, ó para una sazón ó tiempo tan solamente; sino para todo accidente malo, para toda llaga mortal, para toda apostema dolorosa, para todo vicio, para todo sugeto vicioso, agora y en todo tiempo es *Jesus*. Que no solamente nos sana el alma perdida, mas también da salud al cuerpo enfermo y dañado. Y no los sana solamente de un vicio, sino de cualquiera vicio que haya habido en ellos, ó que haya, los sana. Que á nuestra soberbia es *Jesus*, con su caña por cetro y con su púrpura por escarnio, vestida para nuestra ambición, es *Jesus*. Su cabeza coronada con fiera y desapiadada corona es *Jesus*, en nuestra mala inclinación al deleite; y sus azotes y todo su cuerpo dolorido, en lo que en nosotros es carnal y torpe, es *Jesus*. Eslo para nuestra codicia, su desnudez; para nuestro coraje, su sufrimiento admirable; para nuestro amor propio, el desprecio que siempre hizo de sí. Y así la Iglesia, enseñada del Espíritu Santo y movida por él, en el día en que cada año representa la hora cuando aquesta salud se sazónó para nosotros en el lugar de la cruz, como presentándola delante de Dios, y mostrándosela enclavada en el leño, y conociendo lo mucho que esta ofrenda vale y lo mucho que puede delante dél, ¿qué bien ó qué merced no le pide? Pídele, como por derecho, salud para el cuerpo. Pídele los bienes temporales y los bienes eternos. Pídele para los papas, los obispos, los sacerdotes, los clérigos, para los reyes y príncipes, para cada uno de los fieles según sus estados. Para los pecadores penitencia, para los justos perseverancia, para los pobres amparo, para los presos libertad, para los enfermos salud, para los peregrinos viaje feliz y vuelta con prosperidad á sus casas.

»Y porque todo es menos de lo que puede y merece aquesta salud, aun para los herejes, aun para los paganos, aun para los judíos ciegos que la desecharon, pone la Iglesia delante de los ojos de Dios á *Jesus* muerto, y hecho vida en la cruz para que les sea *Jesus*. Por lo cual la Esposa en los *Cantares* le llama racimo de cofer, diciendo desta manera (a):—Racimo de cofer, mi amado, á mí en las viñas de Engadí.—Y ordenó á lo que sospecho, la providencia de Dios que no supiésemos de cofer qué árbol era ó qué planta, para que dejándonos de la cosa, acudiésemos al origen de la palabra; y así conociésemos que cofer, según aquello de donde nace, significa aplacamiento y perdón y satisfacción de pecados. Y por consiguiente, entendiésemos con cuánta razón le llama racimo de cofer á Cristo la

(a) Cant., 1, v. 14.

Esposa; diciéndonos en ello por encubierta manera que no es una salud Cristo sola, ni un remedio de males particular, ni una limpieza ó un perdón de pecados de un solo linaje, sino que es un racimo que se compone, como de granos, de innumerables perdones, de innumerables remedios de males, saludes sin número, y que es un *Jesus* en quien cada una cosa de las que tiene es *Jesus*. ¡Oh salud, oh *Jesus*, oh medicina infinita! Pues es *Jesus* el nombre propio de Cristo porque sana Cristo y porque sana consigo mismo, y porque es toda la salud y porque sana todas las enfermedades del hombre, y en todos los tiempos y con todo lo que en sí tiene, porque todo es medicinal y saludable, y porque todo cuanto hace es salud.

»Y por llegar á su punto toda aquesta razón, decíme, Sabino, ¿vos no entendeis que todas las criaturas tienen su principio de la nada? «Entiendo, dijo Sabino, que las crió Dios con la fuerza de su infinito poder, sin tener sugeto ni materia de que hacerlas.» «¿Luego, dice Marcelo, ninguna dellas tiene de su cosecha y en sí alguna cosa que sea firme y maciza, quiero decir, que tenga de sí, y no recibido de otro, el ser que tiene?» «Ninguna, respondió Sabino, sin duda.» «Pues decíme, replicó luego Marcelo, ¿puede durar en un ser el edificio que ó no tiene cimientos ó tiene flacos cimientos?» «No es posible, dijo Sabino, que dure.» «Y no tiene cimiento de ser macizo y suyo ninguna de las cosas criadas, añadió luego Marcelo; luego todas ellas, cuanto de sí es, amenazan caída, y por decir lo que es, caminan cuanto es de suyo al menoscabo y al empeoramiento; y como tuvieron principio de nada, vuelvense cuanto es de su parte á su principio, y descubren la mala lista de su linaje, unas deshaciéndose del todo, y otras empeorándose siempre. ¿Qué se dice en el libro de Job? De los ángeles dice (b):—Los que le sirven no tuvieron firmeza, y en sus ángeles halló torcimiento.—De los hombres añade:—Los que moran en casas de lodo, y cuyo apoyo es de tierra, se consumirán de polilla.—Pues de los elementos y cielos, David (c):—Tú, Señor, en el principio fundaste la tierra, y son obras de tus manos los cielos; ellos perecerán y tú permanecerás, y se envejecerán todos, como se envejece una capa.—En que, como vemos, el Espíritu Santo condena á caída y á menoscabo de su ser á todas las criaturas. Y no solamente da la sentencia, sino también demuestra que la causa dello es, como decimos, el mal cimiento que todas tienen. Porque si dice de los ángeles que se torcieron y que caminaron al mal, también dice que les vino de que su ser no era del todo firme. Y si dice de los hombres que se consumen, primero dijo que eran sus cimientos de tierra. Y los cielos y tierra, si dice que se envejecen, dice también cómo se envejecen, que es como el paño, de la polilla que en ellos vive, esto es, de la flaqueza de su nacimiento y de la mala raza que tienen.»

«Todo es como decis, Marcelo, dijo Sabino; mas decidnos lo que queréis decir por todo ello.» «Dirélo, respondió, si primero os preguntare. ¿No asentamos ayer que Dios crió todas las criaturas á fin de que viviese en ellas y de que luciese algo de su bondad?» «Así se

(b) Job., 4, v. 18. (c) Psalm. 101, v. 26.

asentó, dijo Sabino. »Pues, añadió Marcelo, si las criaturas, por la enfermedad de su origen, forcejean siempre por volverse á su nada, y cuanto es de suyo se van empeorando y cayendo para que dure en ellas la bondad de Dios, para cuya demonstracion las crió, necesario fué que ordenase Dios alguna cosa que fuese como el reparo de todas y su salud general, en cuya virtud durase todo en el bien, y lo que enfermase sanase. Y así lo ordenó, que como engendró desde la eternidad al Verbo, su hijo, que, como agora se decía, es la traza viva y la razon y el artificio de todas las criaturas, así de cada una por sí como de todas juntas, y como por él las trujo á luz y las hizo así cuando le pareció, y en el tiempo que él consigo ordenado tenia, le engendró otra vez hecho hombre *Jesus*, ó hizo hombre *Jesus* en el tiempo aquel á quien por toda la eternidad comunica el ser Dios, para que él mismo, que era la traza y el artificio de todo, segun que es Verbo de Dios, fuese, segun que es hombre, hecho una persona con Dios, el reparo, y la medicina, y la restitution, y la salud de todas las cosas; y para que él mismo, que por ser, segun su naturaleza divina, el artificio general de las criaturas, se llama, segun aquella parte, en hebreo *Dabar*, y en griego ΛΟΓΟΣ, y en castellano Verbo y palabra; ese mismo, por ser, segun la naturaleza humana que tiene la medicina y el restaurativo universalmente de todo, sea llamado *Jesus* en hebreo, y en romance salud.

»De manera que en Jesucristo, como en fuente ó como en Océano inmenso, está atesorado todo el ser y todo el buen ser, toda la substancia del mundo, y porque se daña de suyo, y para cuando se daña, todo el remedio y todo el *Jesus* de esa misma substancia. Toda la vida y todo lo que puede conservar eternamente la vida sana y en pié. Para que, como decía san Pablo, en todo tenga las primerías y sea él el alfa y el omega, el principio y el fin; el que las hizo primero, y el que, deshaciéndose ellas y corriendo á la muerte, las sana y repara; y finalmente, está encerrado en él el Verbo y *Jesus*; esto es, la vida general de todos y la salud de la vida. Porque de hecho es así, que no solamente los hombres, mas tambien los ángeles que en el cielo moran, reconocen que su salud es *Jesus*; á los unos sanó, que eran muertos, y á los otros dió vigor para que no muriesen. Esto hace con las criaturas que tienen razon, y á los demás que no la tienen les da los bienes que pueden tener, porque su cruz lo abraza todo, y su sangre limpia lo clarifica, y su humanidad santa lo apura, y por él tendrán nuevo estado y nuevas cualidades, mejores que las que agora tienen, los elementos y cielos, y es en todos y para todos *Jesus*. Y de la manera que ayer al principio destas razones dijimos, que todas las cosas, las sensibles y las que no tienen sentido, se criaron para sacar á luz este parto, que dijimos ser parto de todo el mundo comun, y que se nombra por esta causa fruto ó pimpollo; así decimos agora que él mismo, para cuyo parto se hicieron todas, fué hecho como en retorno para reparo y remedio de todas ellas, y que por esto le llamamos la salud y el *Jesus*.

»Y para que, Sabino, admireis la sabiduría de Dios, para hacer Dios á las criaturas no hizo hombre á su

Hijo, mas hizole hombre para sanarlas y rehacerlas. Para que el Verbo fuese el artífice bastó solo ser Dios; mas para que fuese el *Jesus* y la salud convino que tambien fuese hombre. Porque para hacerlas, como no las hacia de alguna materia ó de algun sugeto que se le diese, como el escultor hace la estatua del mármol que le dan, y que él no lo hace; sino que, como decía, la fuerza sola de su no medido poder las sacaba todas al ser, no se requería que el artífice se midiese y se proporcionase al sugeto, pues no le habia; y como toda la obra salia solamente de Dios, no hubo para qué el Verbo fuese mas que solo Dios para hacerla; mas para reparar lo ya criado y que se desataba de suyo, porque el reparo y la medicina se hacia en sugeto que era, fué muy conveniente, y conforme á la suave orden de Dios necesario, que el reparador se acercase á lo que reparaba y que se proporcionase con ello, y que la medicina que se ordenaba fuese tal, que la pudiese actuar el enfermo, y que la salud y el *Jesus*, para que lo fuese á las cosas criadas, se pusiese en una naturaleza criada, que con la persona del Verbo junta hiciese un *Jesus*. De arte que una misma persona en dos naturalezas distintas, humana y divina, fuese criador en la una, y médico y redentor y salud en la otra; y el mundo todo, como tiene un Hacedor general, tuviese tambien una salud general de sus daños, y concurriesen en una misma persona este formador y reformador, esta vida y esta salud de vida, *Jesus*.

»Y como en el estado del paraíso (a), en que puso Dios á nuestros primeros padres, tuvo señalados dos árboles, uno que llamó del saber y otro que servia al vivir, de los cuales en el primero habia virtud de conocimiento y de ciencia, y en el segundo fruta que comida reparaba todo lo que el calor natural gasta continuamente la vida; y como quiso que comiesen los hombres deste, y del otro del saber no comiesen; así en este segundo estado, en un supuesto mismo, tiene puestas Dios aquestas dos maravillosísimas plantas, una del saber, que es el Verbo, cuyas profundidades nos es vedado entenderlas, segun que se escribe (b):—Al que escudriñare la majestad, hundiráo la gloria.—Y otra del reparar y del sanar, que es *Jesus*, de la cual comerémos, porque la comida de su fruta, y el incorporar en nosotros su santísima carne se nos manda, no solo no se nos veda; que él mismo lo dice (c):—Si no comiéredes la carne del Hijo del hombre y no bebiéredes su sangre, no tendréis vida.—Que como sin la luz del sol no se ve, porque es fuente general de la luz; así sin la comunicacion deste grande *Jesus*, deste que es salud general, ninguno tiene salud. El es *Jesus* nuestro en el alma, él lo es en el cuerpo, en los ojos, en las palabras, en los sentidos todos, y sin este *Jesus* no puede haber en ninguna cosa nuestra *Jesus*; digo, no puede haber salud que sea verdadera salud en nosotros. En los casos prósperos tenemos *Jesus* en *Jesus*; en lo miserable y adverso tenemos *Jesus* en *Jesus*; en el vivir, en el morir tenemos *Jesus* en *Jesus*, que, como diversas veces se ha dicho, cuando nacemos en Dios por *Jesus*, nacemos sanos de culpas; cuando despues de nacidos andamos y vivimos en él, él mismo nos es *Jesus*

(a) Genes., 2, v. 9. (b) Prov., 23, v. 27. (c) Joan., 6, v. 54.

para los rastros que el pecado deja en el alma; cuando perseveramos viviendo, él tambien extiende su mano saludable y la pone en nuestro cuerpo mal sano, y temple sus infernales ardores y lo mitiga y desencarna de sí, y casi le trasforma en espíritu. Y finalmente, cuando nos deshace la muerte, él no desampara nuestras cenizas, sino junto y apegado con ellas, al fin les es tan *Jesus*, que las levanta y resucita y las viste de vida, que ya no muere, y de gloria, que no fallece jamás.

»Y tengo por cierto que el profeta David cuando compuso el salmo 102 tenia presente á esta salud universal en su alma; porque lleno de la grandeza desta imágen de bien, y no le cabiendo en el pecho el gozo que de contemplarla sentia, y considerando las innumerables saludes que esta salud encerraba, y mirando en una tan sobrada y no merecida merced la piedad infinita de Dios con nosotros, reventándole el alma en loores, habla con ella misma y convidála á lo que es su deseo, á que alabe al Señor y le engrandezca, y le dice (a):—Bendice, oh alma mia, al Señor. Di bienes dél, pues él es tan bueno. Dale palabras buenas siquiera en retorno de tantas obras tuyas tan buenas. Y no te contentes con mover en mi boca la lengua, y con enviarle palabras que diga, sino tórnate en lenguas tú, y haz que tus entrañas sean lenguas, y no quede en tí parte que no derrame loor. Lo público, lo secreto, lo que se descubre y lo íntimo, que por muchos que hablen, hablarán mucho menos de lo que se debe hablar. Salga de lo hondo de tus entrañas la voz, para que quede asentada allí y como esculpida perpétuamente su causa; hablen los secretos de tu corazon loores de Dios para que quede en él la memoria de las mercedes que debe á Dios, á quien loa, para que jamás se olvide de los retornos de Dios, de las formas diferentes con que responde á tus hechos. Tú te convertias en nada, y él hizo nueva orden para darte su ser. Tú eras pestilencia de tí y ponzoña para tu misma salud, y él ordenó una salud, un *Jesus* general, contra toda tu pestilencia y ponzoña; *Jesus*, que dió á todos tus pecados perdon; *Jesus*, que medicinó todos los ayes y dolencias que en tí dellos quedaron; *Jesus*, que hecho deudo tuyo, por el tanto de su vida sacó la tuya de la sepultura; *Jesus*, que tomando en sí carne de tu linaje, en ella libra á la tuya de lo que corrompe la vida; *Jesus*, que te rodea toda, apiadándose de tí toda; *Jesus*, que en cada parte tuya halla mucho que sanar, y que todo lo sana *Jesus*; y salud, que no solamente da la salud, sino salud blanda, salud que de tu mal se enternece, salud compasiva, salud que te colma de bien tus deseos, salud que te saca de la corrupcion de la huesa, salud que de lo que es su grande piedad y misericordia te compone premio y corona. Salud, finalmente, que hinche de sus bienes tu arreo, que enoja con ricos dones de gloria tu vestidura, que glorifica, vuelto á vida, tu cuerpo; que le remoza y le renueva y le resplandece, y le despoja de toda su flaqueza y miseria vieja, como el águila se despoja y remoza.

»Porque dice: Dios á la fin es deshacedor de agravios y gran hacedor de justicias. Siempre se compadece de los que son saqueados, y les da su derecho; que

(a) Psalm. 102, v. 1.

E. XVI—11.

si tú no merecias merced, el engaño con que tu ponzoñoso enemigo te robó tus riquezas voceaba delante dél por remedio. Desde que lo vió se determinó remediarlo, y les manifestó á Moises y á los hijos de su amado Israel su consejo, el ingenio de su condicion, su voluntad y su pecho, y les dijo:—Soy compasivo y clemente, de entrañas amorosas y pias, largo en sufrir, copioso en perdonar, no me acelera el enojo, antes el hacer bienes y misericordias me acucia; paso con ancho corazon mis ofensas, no me doy á manos en el derramar mis perdones; que no es de mí el enojarme continuo, ni el barajar siempre con vosotros no me puede aplacer.—Así lo dijiste, Señor, y así se ve por el hecho que no has usado con nosotros conforme á nuestros pecados ni nos pagas conforme á nuestras maldades. Cuan léjos de la tierra está el cielo, tan alto se encumbra la piedad de que usas con los que por suyo te tienen. Ellos son tierra baja, mas tu misericordia es el cielo. Ellos esperan como tierra seca su bien, y ella llueve sobre ellos sus bienes. Ellos, como tierra, son viles; ella, como cosa del cielo, es divina. Ellos perecen como hechos de polvo, ella como el cielo es eterna. A ellos, que están en la tierra, los cubren y los obscurecen las nieblas; ella, que es rayo celestial, luce y resplandece por todo. En nosotros se inclina lo pesado como en el centro, mas su virtud celestial nos libra de mil pesadumbres. Cuan to se extiende la tierra y se aparta el nacimiento del sol de su poniente, tanto alejaste de los hombres sus culpas. Habiamos nacido en el poniente de Adán; traspusístenos, Señor, en tu oriente, Sol de justicia. Como padre que ha piedad de sus hijos, así tú, deseoso de darnos largo perdon, en tu Hijo te vestiste para con nosotros de entrañas de padre. Porque, Señor, como quien nos forjaste, sabes muy bien nuestra hechura cuál sea. Sabes, y no lo puedes olvidar; muy acordado estás que soy polvo. Como yerba de heno son los dias del hombre; nace y sube y florece y se marchita corriendo. Como las flores ligeras, parece algo y es nada; promete de sí mucho, y pára en un flueco que vuela; tócale á malas penas el aire, y perece sin dejar rastro de sí.

»Mas cuanto son mas deleznable los hombres, tanto tu misericordia, Señor, persevera mas firme. Ellos se pasan, mas tu misericordia sobre ellos dura desde un siglo hasta otro siglo y por siempre. De los padres pasa á los hijos, y de los hijos á los hijos dellos, y dellos por continua sucesion en sus descendientes; los que to temen, los que guardan el concierto que hiciste, los que tienen en sus mentes tus fueros, porque tienes tu silla en el cielo, de donde lo miras; porque la tienes afirmada en él, para que nunca te mudes; porque tu reino gobierna todos los reinos, para que todo lo puedas. Bendigante pues, Señor, todas las criaturas, pues eres de todas ellas *Jesus*. Tus ángeles te bendigan, tus valerosos, tus valientes ejecutores de tus mandamientos, tus alertos á oír lo que mandas, tus ejércitos te bendigan, tus ministros, que están prestos y aprestados para tu gusto. Todas las obras tuyas te alaben, todas cuantas hay por cuanto se extiende tu imperio, y con todas ellas, Señor, alábeta mi alma tambien. Y como dice en otro lugar:—Busqué para alabarte nuevas

maneras de cantos; no es cosa usada ni siquiera hecha otra vez la grandeza tuya que canta; no la canté por la forma que suele.—Hiciste salud de tu brazo, hiciste de tu Verbo *Jesus*; lo que es tu poder, lo que es tu mano derecha y tu fortaleza, hiciste que nos fuese medicina blanda y suave. Sacaste hecho *Jesus* á tu Hijo en los ojos de todos, pusístele en lo público, justificaste para con todo el mundo tu causa. Nadie te arguirá de que nos permitiste caer, pues nos reparaste tan bien. Nadie se te querrellará de la culpa para quien supiste ordenar tan gran medicina. Dichoso, si se puede decir, el pecar, que nos mereció tal *Jesus*. Y esto llegue hasta aquí. Vos, Sabino, justo es que remateis esta plática, como soleis.» Y calló; y Sabino dijo: «El remate que conviene, vos le habeis puesto, Marcelo, con el salmo que habeis referido; lo que suelo haré yo, que es decir los versos.» Y luego dijo (a):

Alaba, oh alma, á Dios, y todo cuanto
Encueva en sí tu seno
Celebre con loor su nombre santo,
De mil grandezas lleno.
Alaba, oh alma, á Dios, y nunca olvide
Ni borre tu memoria
Sus dones en retorno á lo que pide
Tu torpe y fea historia,
Que él solo por sí solo te perdona
Tus culpas y maldades,
Y cura lo herido, y desencana
De tus enfermedades.
Él mismo de la huesa á la luz bella
Restituyó tu vida;
Cercóla con su amor, y puso en ella
Riqueza no creída,
Y en eso que te viste y te rodea
También pone riqueza;
Ansí renovarás lo que te afea,
Cual águila en belleza,
Que al fin hizo justicia y dió derecho
Al pobre saqueado;
Tal es su condiccion, su estilo y hecho,
Segun lo ha revelado.
Manifestó á Moisen sus condiciones,
En el monte subido;
Lo blando de su amor y sus perdones
A su pueblo escogido,
Y dijo: «Soy amigo y amoroso
Soportador de males,
Muy ancho de narices, muy piadoso
Con todos los mortales.»

(a) Psalm. 102.

FIN DE LOS NOMBRES DE CRISTO.

No riñe y no se amansa; no sé alár,
Y dura siempre airado;
No hace con nosotros ni nos mira
Conforme á lo pecado;
Mas cuanto al suelo vence, y cuanto excede
El cielo reluciente,
Su amor tanto se encumbra y tanto puede
Sobre la humilde gente.
Cuan léjos de do nace el sol fenese
El soberano vuelo,
Tan léjos de nosotros desaparece
Por su perdon el duelo.
Y con aquel amor que el padre cura
Sus hijos regalados,
La vida tu piedad, y el ser procura
De tus amedrentados.
Conoces á la fin que es polvo y tierra
El hombre, y torpe lodo;
Contemplan la miseria que en sí encierra,
Y le compone todo.
Es heno su vivir, es flor temprana
Que sale y se marchita;
Un flaco soplo, una ocasion liviana,
La vida y ser le quita.
La gracia del Señor es la que dura,
Y firme persevera,
Y va de siglo en siglo su blandura
En quien en él espera.
En los que su ley guardan y sus fueros
Con viva diligencia,
En ellos, en los nietos y herederos
Por larga descendencia;
Que así do se rodea el sol lucido
Estableció su asiento,
Que ni lo que será ni lo que ha sido
Es de su imperio exento.
Pues lénte, Señor, los moradores
De tu rica morada,
Que emplean valerosos sus ardores
En lo que mas te agrada,
Y alábeta el ejército de estrellas
Que en alto resplandecen,
Que siempre en sus caminos claras, bellas,
Tus leyes obedecen.
Alábeta tus obras todas cuantas
La redondez contiene,
Los hombres y los brutos y las plantas,
Y lo que las sostiene;
Y alábeta con ellos noche y dia
También el alma mia.

Y calló. Y con este fin le tuvieron las pláticas de los nombres de Cristo, cuya es toda la gloria por los siglos de los siglos. *Amen.*

LA PERFECTA CASADA.

A DOÑA MARIA VARELA OSORIO.

INTRODUCCION.

En que se habla de las leyes y condiciones del estado del matrimonio, y de la estrecha obligacion que corre á la casada de emplearse en el cumplimiento dellas.

ESTE nuevo estado en que Dios ha puesto á vuestra merced, sujetándola á las leyes del santo matrimonio, aunque es como camino real, mas abierto y menos trabajoso que otros, pero no carece de sus dificultades y malos pasos, y es camino adonde se estropeiza también y se peligra y yerra, y que tiene necesidad de guía como los demás; porque el servir al marido y el gobernar la familia y la crianza de los hijos, y la cuenta que juntamente con esto se debe al temor de Dios, y la guarda y limpieza de la conciencia (todo lo cual pertenece al estado y oficio de la mujer que se casa), obras son que cada una de por sí pide mucho cuidado, y que todas juntas, sin particular favor del cielo, no se pueden cumplir. En lo cual se engañan muchas mujeres, que piensan que el casarse no es mas que dejar la casa del padre y pasarse á la del marido, y salir de servidumbre y venir á libertad y regalo; y piensan que con parir un hijo de cuando en cuando, y con arrojarle luego de sí en los brazos de una ama, son cabales y perfectas mujeres. Y dado que el buen juicio de vuestra merced y la inclinacion á toda virtud, de que Dios la dotó, me aseguran, para no temer, que será como alguna destas que digo, todavía el entrañable amor que la tengo y el deseo de su bien que arde en mí, me despiertan para que la provea de algun aviso, y para que la busque y encienda alguna luz que sin engaño ni error alumbre y enderece sus pasos por todos los malos pasos de este camino, y por todas las vueltas y rodeos dél. Y como suelen los que han hecho una larga navegacion ó los que han peregrinado por lugares extraños, que á sus amigos, los que quieren emprender la misma navegacion y camino, antes que lo comiencen y antes que partan de sus casas, con diligencia y cuidado les dicen menudamente los lugares por donde han de pasar y las cosas de que se han de guardar, y los aperciben de todo aquello que entienden les será necesario, así yo en esta jornada que tiene vuestra merced comenzada, la enseñaré, no lo que me enseñó á mí la experiencia pasada, porque es ajeno de

mi profesion, sino lo que he aprendido en las sagradas letras, que es enseñanza del Espíritu Santo. En las cuales, como en una tienda comun y como en un mercado público y general para el uso y provecho general de todos los hombres, pone la piedad y sabiduría divina copiosamente todo aquello que es necesario y conviene á cada un estado, y señaladamente en este de las casadas se reve y descende tanto á lo particular dél, que llega hasta, entrándose por sus casas, ponerles la aguja en la mano, y ceñirles la rueca y menearles el huso entre los dedos. Porque, á la verdad, aunque el estado del matrimonio en grado y perfeccion es menor que el de los continentes ó virgenes; pero, por la necesidad que hay dél en el mundo para que se conserven los hombres, y para que salgan dellos los que nascen para ser hijos de Dios, y para honrar la tierra y alegrar el cielo con gloria, fué siempre muy honrado y privilegiado por el Espíritu Santo en las letras sagradas; porque dellas sabemos que éste estado es el primero y mas antiguo de todos los estados, y sabemos que es vivienda, no inventada despues que nuestra naturaleza se corrompió por el pecado y fué condenada á la muerte, sino ordenada luego en el principio, cuando estaban los hombres enteros y bienaventuradamente perfectos en el paraíso. Ellas mismas nos enseñan que Dios por su persona concertó el primer casamiento que hubo, y que les juntó las manos á los dos primeros casados y los bendijo, y fué juntamente como si dijésemos el casamentero y el sacerdote. Allí vemos que la primera verdad que en ellas se escribe haber dicho Dios para nuestro enseñamiento, y la doctrina primera que salió de su boca fué la aprobacion de este ayuntamiento, diciendo: «No es bueno que el hombre esté solo (a).» Y no solo en los libros del Viejo Testamento, adonde el ser estéril era maldiccion, sino tambien en los del Nuevo, en los cuales se aconseja y como apregona generalmente, y como á son de trompeta la continencia y virginidad, al matrimonio le son hechos nuevos favores. Cristo, nuestro bien, con ser la flor de la virginidad y sumo amador de la virginidad y limpieza, es convidado á unas bodas, y se halla presente á ellas y come en ellas, y las santifica, no solamente con

(a) Genes., cap. 2, v. 18.